

NUESTRA PATRIA, NUESTRA IDENTIDAD, NUESTRA CIVILIZACIÓN

JORGE BUXADÉ



Este trabajo tiene su origen en la conferencia de clausura pronunciada en ISSEP, en el Real Centro Universitario Escorial–María Cristina, San Lorenzo de El Escorial, 19 de julio de 2026, a las 13:10, con ocasión del curso de verano «Ser es defenderse».

Cuando empecé a escribir el presente artículo, pensé en dedicar estas páginas a diseccionar el proceso de disolución de nuestra civilización y nuestra patria. Empezar con Guillermo de Ockham, luego Lutero; seguir con Rousseau, Voltaire, Diderot, dedicar unos párrafos contra Locke y Montesquieu; combatir los efectos de la Revolución francesa, un rendido homenaje a los resistentes de La Vendée; recordar aquel fatídico año 1848 donde vio la luz el Manifiesto Comunista y las revoluciones burguesas, que simplemente cambiaron el número y los modales de los opresores; revoluciones que abrieron paso al parlamentarismo censitario, a la lucha de clases, al terrorismo anarquista, al gulag y a la definitiva guerra civil europea; quizás extenderme con los idealismos de todo tipo, y luego ya caer sobre la Escuela de Frankfurt y la posmodernidad.

Gran parte de los lectores quedaría razonablemente satisfecha, Miguel Ángel Quintana Paz combatiría eficazmente al día siguiente en su columna del periódico mi demoledora crítica a la filosofía europea de los últimos 300 años; alguno diría que le ha sabido a poco y la mayoría que se le ha atragantado, aunque un par de guiños a Lepanto, La Vendée y los defensores del Alcázar de Toledo podrían salvar la mañana con encendidos aplausos del auditorio.

Y de repente tuve claro que no quería hablar del pasado. Quiero hablar del futuro. No a modo de profeta, sino de explorador. Hablar del futuro sabiendo que en la historia hallamos claves indudables para comprendernos y comprender nuestro entorno.

El punto de partida es que **no se trata de repetir la historia ni de añorar tiempos pasados que no volverán.**

La teoría de los grandes paralelismos puede servir como diagnóstico, no como remedio. Desde que tengo uso de razón, oigo y leo que vivimos los tiempos de la caída del Imperio romano o, peor aún, que estamos como en el 34. Y argumentos hay para ello. Pero un mundo donde lo que yo ahora digo puede oírse en tiempo real, en otro idioma, en cualquier lugar del mundo; un mundo donde Iglesia, Ejército y aristocracia han desaparecido como agentes de contención; un mundo donde las clases medias son los pensionistas y pensionados, no admite ningún paralelismo científico.

Podemos proponer muchas soluciones a los numerosos problemas, pero pronto llega el momento de *tomar decisiones*. Y tomar decisiones es cabalgar el tigre de Évola.

El segundo punto de partida es que **los purismos y esteticismos han de ser desterrados.** Aparta de mí a los puros, Dios mío, tú que has venido a curar a los

enfermos y dar paz a los desesperados. Si algo sabemos de nuestra historia es que el pueblo español ha sido siempre muy comprensivo con los pecados de la carne, pero implacable con los del espíritu. Lo del jansenismo se lo dejamos a los del norte y a los que no saben leer a San Agustín.

A propósito de los puros, solo hay que recordar que en las Navas de Tolosa se venció porque los reinos hispánicos supieron entender que servían a un ideal superior, y los «puros» que querían solo degollar infieles, se dieron la vuelta.

Hablemos de la Patria. La intuición más perfecta sobre el sentido de Patria es la que alumbró José Antonio: unidad de destino en lo universal. Y digo intuición porque no es una definición completa y acabada. Exploremos una interpretación.

Unidad porque conjuga comunidad y patrimonio. Tierra y pueblo. La idea de la nación como comunidad de destino ya había sido empleada en la doctrina alemana por Hermann Heller y lo del patrimonio de destino es una institución jurídica conocida.

La Patria es esa herencia yacente que queda a la espera de que los herederos la acepten. Cada día muere un español y cada día un heredero la acepta, y con ello asume todos los derechos y obligaciones, las acciones y las omisiones, los créditos y las deudas, los compromisos alcanzados y los que quedan por venir, es decir, un patrimonio de destino.

Por eso, nos comprometemos con la tierra, con el paisaje, con la geografía. No hemos heredado una tierra salvaje. Heredamos un paisaje modelado por generaciones de agricultores, ganaderos, ingenieros y arquitectos. Hemos de cuidar nuestros montes -como hicieron nuestros mayores-, caminos, veredas, bosques, tierras de cultivo y pasto, nuestras playas y nuestras costas, pero también nuestras vías, carreteras, puentes, canales, presas y puertos. Extremadura es vida porque se canalizó el Tago y Valencia no ha sucumbido mil veces porque se guio el cauce del río Turia. Hay agua por doquier porque el hombre dominó la corriente del agua e hizo presas y produjo energía y en los páramos y tierras yermas apareció la mejor agricultura de precisión del mundo, y el hombre se aposentó y creó comunidades locales. Y luego vinieron desde Bruselas y Madrid unos burócratas ideologizados y lo destruyeron todo para salvar el planeta.

Lejos de nosotros la depredación del patrimonio, la sobreexplotación y la devastación del paisaje. Por eso, rechazamos la tala masiva de olivos centenarios para sembrar la tierra con enormes plantas fotovoltaicas y, por lo mismo, impugnamos ese fanatismo de oenegé financiada por poderosos grupos de presión que

impone supuestas leyes de restauración de la naturaleza y prácticas ambientales desastrosas que han dejado nuestros cauces descuidados y nuestros montes abandonados, causando muerte y desolación.

Y por lo mismo, porque lo hemos heredado, no vamos a renunciar a Gibraltar ni podemos permitir que Sánchez, o quien le siga, junto a Úrsula o quien le siga, hagan lo mismo con Ceuta, Melilla o Canarias, pactando en lóbregos despachos el expolio de nuestro patrimonio, con Marruecos y un comisario *bienpagado* negociando en nombre de España.

Mas la Patria no solo es un patrimonio. Es también comunidad, como descubrió Burke y continuó Scruton, una línea continua que une de forma sagrada a los que fueron, a los que son y a los que están por venir.

Por eso rechazamos las leyes de memoria histórica y democrática, leyes que dividen, que rompen la continuidad histórica de la nación, que buscan enfrentar al heredero con su causante, que imponen una visión deformada y partidista de la historia, que es historia de todos, y que les roban a nuestros hijos el legado al que tienen derecho. Y el que venga, y Dios quiera que seamos nosotros, ha de alzar la bandera de la unidad, de la verdad, y de la libertad científica frente al negacionismo (este sí) y el oscurantismo de las izquierdas.

Esa unidad de destino, comunidad y patrimonio, mira hacia el futuro. Pero no cualquier futuro, no cualquier proyecto de vida en común, por muy sugestivo que sea. Mira al destino que le es propio. El destino que está escrito en sus cordilleras y en sus santos, en sus ríos y sus mártires, en sus costas y sus navegantes, sus bosques y sus héroes, sus mesetas y sus madres.

De esa idea de Patria surge la de tradición; y brota un concepto de hombre. Un hombre que no está solo. Un hombre que ni es individuo atomizado, aislado y autosuficiente, ni es el lobo para otros hombres de Hobbes, ni un lobo estepario como el de Hesse, sino un heredero. Un heredero que recibe para entregar a sus descendientes, mejorada la herencia que le dieron. Ese hombre sí hace del honor su divisa, no como la Dirección General de la Guardia Civil ni alguno de sus mandos, entregados al vicio del ascenso sin mérito, del mando por el mando, de la orden injusta y del capricho. Ese hombre heredero es generoso, prudente pero audaz y, sobre todo, sabe que su libertad, seguridad y prosperidad están en manos de la comunidad.

Ese individuo pertenece a la comunidad, se hace persona en la comunidad, compartiendo, cooperando, en la familia, en el municipio, en el barrio, en la parroquia,

en la empresa, en las redes sociales o en el club deportivo. Ese hombre no es un «en-sí-mismo» sino un «para-otros». Y eso es un valor eterno, eso vale en una sociedad agraria, industrial o en una sociedad de inteligencias artificiales.

Tampoco el destino de la Patria es un «en-sí-mismo». El destino de la Patria no es aislamiento, el destino es abrirse a una comunidad más grande, la comunidad de los pueblos. Cuando una Nación se hace Patria es cuando descubre que su destino está, también, en su relación-con-los-otros. Forja alianzas, alcanza acuerdos, firma convenios, proyecta su identidad.

Vayamos, pues, a lo de la identidad. Y planteemos la cuestión: ¿qué somos? Pero que no sea una pregunta cínica como la duda metódica de Descartes. Que sea una pregunta sincera del que sabe que, necesariamente, hay una respuesta. Responderé citando a Claudio Sánchez Albornoz, que escribía desde el exilio:

Otorgo función primordial en el acuñar de la personalidad comunal a la doble y perdurable tarea de la reconquista y la repoblación del solar nacional; [...] Ningún pueblo europeo ha llevado a cabo una aventura tan dilatada y tan monocorde como la que implicó la reconquista y la repoblación del solar nacional, desde Covadonga (722) hasta Granada (1492). Ninguna ha vivido como nosotros cerca de ocho siglos con una frontera siempre abierta y en avance.

Esos casi ocho siglos forjaron nuestra identidad; es decir, todos los aspectos espirituales, económicos, políticos, sociales, emocionales del vivir hispánico. Una Reconquista que fue: i) restauración de la unidad territorial del viejo reino visigodo, esa Península, protegida por los Pirineos y abierta al mar –tanto al mar interior, el *Mare Nostrum*, como al Mar Exterior, el Océano de España que dijo Carlos V, emperador, cuando salió de Bruselas con destino a Yuste, a bien morir, de la carrera de la edad cansado–; ii) restauración de la unidad jurídica con el Fuero Juzgo de Recesvinto, y iii) restauración de la unidad espiritual que vino con la conversión de Recaredo.

Por eso, nos duele España, porque nos duele ver cómo se rompe en mil pedazos la unidad jurídica de España con 17 parlamentos y 17 gobiernos legislando, regulando, ordenando, sancionando y ampliando cualquier mínima diferencia para justificar su existencia, sus sueldos, sus privilegios e inmunidades mientras la juventud de España es condenada al paro, al chabolismo vertical o a la infravienda.

Y nos duele más aún ver cómo desde esos gobiernos se alimenta el odio, la división, el enfrentamiento y el resentimiento y se pone en riesgo una unidad que fue conseguida con el precio de la sangre.

Solo desde esa concepción de la unidad como bien moral y del amor a la Patria ha de interpretarse nuestro rechazo a un modelo que azuza el enfrentamiento y alimenta la división.

Nuestra identidad es Reconquista y repoblación. Tierra y Pueblo. Patrimonio y Comunidad.

En la Reconquista, España se hizo comunidad política restaurando el patrimonio y uniendo a los pueblos. La Hispanidad se produce cuando, restaurada la unidad, España sale de sí misma.

La Hispanidad es el destino en lo universal del mismo modo que la Reconquista fue la condición de posibilidad de ese destino.

En América la Hispanidad fue penetración, extensión, número; la Hispanidad fue espacio y tierra, cultivo en tierra fértil donde nadie había sembrado y se impuso la Monarquía Hispana, naturalmente por la superioridad de la idea, pero con hombres y mujeres persuadidos de servir a un ideal superior. La Hispanidad en América no se puede ocultar porque es la espina dorsal del continente; desde Alaska hasta la Patagonia. Todas y cada una de sus naciones son obra de España, hijas de su fe.

En Europa la Hispanidad fue resistencia, defensa, retención, muro, frontera; un cortafuegos frente a los enemigos de la Europa una y cristiana: el enemigo interno, el protestantismo luterano, calvinista y hugonote; y el enemigo externo, el islam, en su versión otomana.

La Hispanidad en América es un paisaje que se te impone en sus ciudades, puertos, catedrales, universidades y hospitales, porque fue construcción.

La Hispanidad en Europa hay que desenterrarla y descubrirla en sus plazas, calles, fuertes o puertos porque fue puro combate, y es un tesoro oculto.

Nuestra identidad es, pues, la suma de Reconquista e Hispanidad. Y tienen visión corta quienes se fijan solo en una y rechazan la otra. No se puede venerar la Reconquista y rechazar la Hispanidad; ni hablar de Hispanidad y ocultar la Reconquista.

La ocultación durante décadas a varias generaciones de lo que fue el Imperio y la Hispanidad es un crimen político de tremendas consecuencias; un delito doloso porque hay una explícita intención de vaciar al español de a pie de su identidad.

La aceptación de la Leyenda Negra por la izquierda española es el signo más evidente de su infiltración por ideologías antihispánicas, la prueba más evidente de su incapacidad para movilizar verdaderamente a la nación española.

Restaurada la unidad, nuestra identidad fue, en Europa, luchar sin desmayo por la unidad de la Cristiandad.

Por eso, tras la victoria de los ejércitos de Felipe II en la batalla de San Quintín sobre las tropas francesas, el Rey Prudente no mandó saquear iglesias y palacios ni levantó arcos del triunfo. Mandó construir un palacio y un monasterio, una fortaleza espiritual y política, la Ciudad de Dios junto a la Ciudad Terrenal de Agustín, mausoleo de reyes, y dejó a los jerónimos a su cargo. Un nuevo Templo de Salomón, dice Luis Suárez.



Lucas de Heere, *La reina de Sheba visita al rey Salomón*, 1559. Óleo sobre lienzo, 183 x 260 cm. Catedral de San Bavón, Gante. En esta obra, Felipe II de España aparece caracterizado como Salomón, hijo del rey David y monarca del Reino de Israel.

No hay capital europea donde no se halle la huella de España. Lisboa, Dublín, Bruselas y Roma. En Nápoles, Cerdeña y Sicilia; o en el Fuerte de San Telmo en La Valeta, que recuerda la ayuda española, decisiva en el Gran Sitio de 1565,

cuando iban camino de Túnez; o en Buda, cuya reconquista en 1686 contó con tropas españolas. Pero esa Europa empezó su declive en Westfalia y fue enterrada 300 años después en Yalta.

Una Europa derrotada, invadida; ninguneada desde 1945, empobrecida y pastoreada por élites dirigentes carentes de disciplina personal, de virtudes elementales, de decisión y determinación política.

Una Europa, en último término, entregada a las potencias extranjeras que devoran su capacidad productiva, agraria, ganadera, pesquera e industrial; e indefensa, con élites improductivas que carecen de un ideal que defender, frente a la invasión migratoria.

El problema actual de Europa es que pretende tener un sitio en el mundo, pero hemos olvidado que para ser un poder relevante se necesita: i) demografía, ii) economía, iii) energía, iv) materias primas, v) poder militar, y vi) una idea superior de orden trascendental. Teníamos todo. Y las élites dirigentes han renunciado y dilapidado todo.

En el último cuarto del pasado siglo, toda Europa entró en su invierno demográfico. La llamada revolución sexual, la crisis del matrimonio, las doctrinas del género, y, sobre todo, la pérdida del sentido de comunidad. Luego, llegó la inflación, las crisis cíclicas y la inmigración masiva que ha colapsado el modelo social y económico. Ciertamente, en España coincidió con el cambio de régimen, pero el proceso fue general en toda Europa.

En paralelo a la caída brutal de la natalidad y la crisis familiar, en toda Europa, los procesos de inmigración masiva de extranjeros procedentes de otros continentes, sobre todo del africano, se aceleraron. La permisividad en el control de fronteras, la crisis de 1973 que demostró la debilidad de una economía dependiente de gas y petróleo una vez desarbolados los imperios europeos. Las élites buscaron resolver los problemas de productividad y caída del consumo con masas ingentes de personas que abarataban salarios e incrementaban el producto interior, y la generalización de la reagrupación familiar a mediados de los 70 en países como Bélgica, Holanda o Francia, inició un proceso que se ha acelerado en progresión geométrica.

Luego, llegaron las violaciones masivas en Rotterdam, los alcaldes musulmanes, la sharía impuesta en las periferias de las grandes ciudades, policías paralelas, autocensura, ocupación de barrios, zonas *no-go* donde ya no rige la ley civil y la policía es incapaz de imponer el orden; saturación de servicios sociales, cientos de miles de extranjeros que viven de las ayudas que han creado las élites y pagan los europeos de a pie.

Y cambian las calles, las plazas, los barrios y las ciudades. Y el paisaje deja de ser europeo, y con el paisaje, la comunidad se disuelve. Tierra y pueblo.

España se incorporó de pleno derecho a esta debacle 20 años después, con Aznar a la cabeza, y su ley de extranjería, su arraigo permisivo, sus regularizaciones extraordinarias y su reagrupación familiar. El milagro consistió en privatizar lo rentable y solidarizar lo deficitario.

La misma dichosa década de los 70 vio la publicación de aquel documento horrendo que fue *Los límites del crecimiento*, llamando al control poblacional y al decrecimiento. Y entraron en toda Europa también las drogas que condenaron a generaciones enteras a la desesperanza.

Y las élites de Europa ni se enteraron –en el mejor de los casos– pues su único problema, aparente, era vencer al comunismo, sin darse cuenta de que un mal tremendamente dañino se colaba en las estructuras e instituciones jurídicas, universitarias, culturales. Vencido el comunismo, caído el Muro, se entregaron a la molicie espiritual porque supuestamente habíamos llegado ya al fin de la historia, arrastrando tras de sí, todo, absolutamente todo.

En lo relativo a la energía, la renuncia a la nuclear, promovida por poderosos grupos de presión, fue seguida de la renuncia al carbón, al petróleo y al gas; y renunciar a la energía asequible y barata fue entregar la producción industrial, el acero, el aluminio, y luego la industria del automóvil, la joya de la corona de la economía europea, y luego ya todo.

Primero, Maastricht, luego Ámsterdam, que entregó el asilo y la inmigración a Bruselas, y, finalmente, el Tratado de Lisboa, el Acuerdo de París y la Agenda 2030. Por eso, el rechazo mayoritario a la maquinaria burocrática de élites alejadas de los problemas reales. Esa Europa está siendo un fracaso porque ha apostado, como dijo Benedicto XVI, de la libertad, propiedad, seguridad, prosperidad, cooperación e intercambio.

Una Unión que premia al traidor, como Sánchez, que rinde la frontera del Sur, con regularizaciones masivas, y regala nuestra nacionalidad con fraude a quienes carecen de vínculo alguno con la tierra y el pueblo; y sanciona a quien estaba en el Muro del Norte vigilando la frontera, como Polonia o la Hungría de Orbán.

Esas élites dirigentes, carentes de algo que ofrecer, sin vínculos efectivos con ninguna nación, ni con el territorio ni con la comunidad, se lanzan por ello al control, la censura y el expolio de la libertad. En las redes sociales, con sus

verificadores, sus sanciones a los gigantes tecnológicos que ayer eran socios colaboradores, con el control de las comunicaciones, el control de los intercambios monetarios mediante la creación y el impulso del euro digital, la planificación quinquenal de la economía. Un vasto programa de depuración de la disidencia y empobrecimiento.

Toda sociedad o comunidad política está urgida de controles, límites y reglas que dispongan el mejor modo de proceder para la consecución del bien común. Esas reglas pueden nacer de la consciencia interior o del poder público. Fue Donoso Cortés el que descubrió una ley política indiscutible: cuanto mayor es la disciplina interior de los miembros de la comunidad, menor es la presión coactiva de las leyes estatales.

A contrario sensu, cuando una comunidad carece de reglas de cohesión o estas han sido derogadas y disciplina personal e interior, el poder público despliega todo su poder más implacable.

Sin temor a equivocarnos cabe afirmar que era más libre un pobre hidalgo extremeño en tiempos del rey Felipe que un profesional liberal en tiempos de Úrsula.

Aquella aspiración de Imperio de Carlos se construyó sobre la idea de que el orbe debía mantenerse unido en la Cristiandad, con espíritu católico y universal, pero reconociendo que la Cristiandad se dividía *naturalmente* en una serie de reinos que aglutinaban diversas comunidades políticas, hechas en la Historia, moldeadas por el paisaje, el clima, la geografía, las lenguas, la economía y las tradiciones jurídicas de cada pueblo y que había que respetar.



Frans Francken el Joven, *Alegoría de la abdicación de Carlos V en Bruselas*, 1620. Óleo sobre tabla, 134 x 172 cm. Rijksmuseum, Ámsterdam.

Ahora, el poder global lo que busca es arrasar la diferencia y someterlo todo a élites cooptadas, no electas.

Ahora algunos descubren que no tenemos niños, que no tenemos ejército, que no tenemos ni siquiera una consciencia y cultura de la defensa, que no tenemos materias primas, energía, ni sobre todo, un ideal superior al que defender. Pero su propuesta es más Unión Europea, más inmigración, más ONU y más acuerdos comerciales para importar todo lo que precisamos.

Sin duda, el islam político, es decir, el islamismo, es un enemigo de Europa. La enemistad, más allá de lo bélico y lo histórico, es ontológica, inevitable. Nuestra identidad, nuestra cultura occidental, cristiana, es naturalmente incompatible con la cultura e identidad islámicas. El islamismo divide para vencer, se aparta de nuestras leyes, crea y promueve sociedades cerradas, paralelas, con su propia ley, su propia policía, sus propios tribunales, sus reglas, sus impunidades, su banca, sus dependencias exteriores. Pero nos ganarán porque creen en sí mismos salvo que haya una élite dispuesta al sacrificio. Houellebecq lo contó en su libro *Sumisión* hace ya casi una década.

La victoria en Lepanto, la toma de Orán o Túnez, la liberación de los dos sitios de Viena solo fueron posibles porque había élites dispuestas al sacrificio y unos pueblos europeos dispuestos a seguir a sus élites.

No hay Lepanto sin Trento. Y no pudo haber Trento sin Cisneros, sin i) la Escuela de Salamanca, ii) la mística carmelitana y iii) la Compañía de Jesús.

La Monarquía Hispánica tejió la primera gran red cultural europea. Madrid, Bruselas, Nápoles, Milán, Palermo, Lisboa y Viena, un auténtico circuito político-cultural común, el Camino Español de Flandes a Italia, una proeza logística, por la que transitaban los Tercios, pero también la fe, la cultura y el arte: Cervantes, Lope, Calderón, Quevedo; con el Greco, Ribera, Zurbarán, Velázquez y Murillo. En Westfalia, España perdió Alsacia y Lorena. Luego, franceses y alemanes hicieron tres guerras por esas comarcas, y ahí está Estrasburgo, sede del Parlamento, y ciudad mariana, por los españoles.

Sin una concepción del mundo, seremos vencidos.

Mientras escribo, me viene a la cabeza ese conjunto de ensayos de Ramiro Ledesma publicado bajo el título de *Filosofía, disciplina imperial*, una joya del Ramiro filósofo, orteguiano, germanófilo y kantiano que escribía aquello de que: «la filosofía es inevitable, si queremos forjar una cultura seriamente creadora...

no es posible sin una concepción del mundo ni una seria dedicación a los temas fundamentales». Luego, se subió a una moto y se hizo moderno y antiburgués hasta que lo mataron.



Luis García Sampedro, *Alegoría de la Cultura española*, 1894. Óleo sobre lienzo, 160 x 298 cm. Museo del Prado, Madrid.

Decía Ortega que «lo característico de la circunstancia actual es que el alma vulgar, aun reconociéndose vulgar, tiene la audacia de afirmar el derecho a la vulgaridad y lo impone por doquier». Lo escribió hace 100 años. Es obvio que no conocía a Ábalos, Cerdán, Pedro Sánchez, Úrsula von der Leyen o Christine Lagarde.

Hay que formar nuevas élites que redescubran una concepción del mundo. La Escuela de Salamanca, con Vitoria, Soto, Suárez y Molina constituye la base intelectual del derecho de gentes y desarrolló una amplia discusión sobre los límites del poder, legalidad y legitimidad, la guerra justa, la dignidad natural del hombre; los derechos propios del indígena en tanto que criatura divina; pero también sobre el derecho de propiedad, fundamento de la libertad de comercio, el intercambio y la cooperación. Todo un programa para reconstruirlo todo.

España fue durante 300 años el *Katechon* del que habla Carl Schmitt en su *Tierra y mar*, en su *Nomos de la Tierra*. No puedo negar que estoy en deuda intelectual con ese gigante alemán de Plettenberg, pero Carl Schmitt erró en ese pequeño ensayo, porque su gigantesca cabeza germánica y su admiración y atracción por el *Leviatán* de Hobbes causaron que le costase ver que la primera gran revolución espacial la hizo España y no Gran Bretaña.

En su diario publicado póstumamente (el *Glossarium*), la entrada del 19 de diciembre de 1947 dice: «*Creo en el Katechon: para mí es la única forma posible de entender la historia cristiana y encontrarla significativa*». Y Schmitt añade: «*el Katechon debe ser nombrado para cada época de los últimos 1948 años. El lugar nunca quedó desocupado; de lo contrario, ya no estaríamos presentes*».

Por supuesto que no fue desocupado. Estaba España. De 1348 a 1648, del Ordenamiento de Alcalá a la Paz de Westfalia, dice Luis Suárez, España marcó el tiempo de Europa. Y cuando dejó de estar, algunos abrazaron el fin de la historia, que en términos de teología política es la llegada del Anticristo.

¿Y ahora qué? La existencia de un enemigo real y existencial como es el islamismo, unida a las dificultades económicas y el fin seguro y pronto de un aparente período de bonanza sin fin provocado sin duda alguna por una nefasta política económica y la invasión migratoria que colapsa los estados del bienestar, reúnen todas las condiciones de posibilidad para provocar otra guerra civil dentro de Europa.

Frente a ello, caben tres actitudes: la sumisión que anunció Houellebecq y que ha sido interiorizada por la izquierda europea; el esteticismo en que se ha encerrado lo liberal-conservador, que no detendrá nada, pero dedicará páginas enteras a demostrar que si todos fueran como él, el mundo sería mejor; y la tercera vía, la del patriotismo y la identidad en acción restauradora.

Un movimiento de fuerzas patrióticas que en sus respectivas naciones identifiquen un enemigo global que permita cohesionar internamente las comunidades políticas y fortalecerlas para combatir al enemigo; sirviendo a un ideal superior, una Europa abierta a los grandes espacios: América y lo que debemos salvar del África cristiana.

Los fundamentos no se hallarán en un etnicismo racionalista al modo norteamericano sino en la capacidad de cooperación.

Por eso hay dos acciones políticas que resultan de extrema necesidad:

- Evitar el definitivo colapso social y cultural mediante la remigración de millones de personas que viven en Europa de los beneficios del sistema sin capacidad ni voluntad de vincularse efectivamente al territorio ni de integrarse en la comunidad. Una nación exige un mínimo de homogeneidad cultural.
- Evitar el colapso económico y financiero mediante la imposición de la prioridad nacional y la preferencia comunitaria en los intercambios y en los sistemas de ayudas y beneficios sociales a los desfavorecidos.

Tiempos pasados no volverán. Pero lo esencial sigue vigente:

- Que todo hombre es digno por ser criatura de Dios y merece el respeto y la protección desde su concepción hasta su muerte natural, y durante toda su vida, pues nada aportan los que promueven e incentivan el aborto y poco aquellos que dicen rechazarlo, pero procuran por un mundo de feroz competencia donde el débil, el necesitado, el perdedor, ha de vagar arruinado y desamparado durante toda su vida.
- Que el hombre está hecho para vivir en comunidad y que la comunión nace del vínculo y no del contrato.
- Que recristianizar el espacio público es dignificar el trabajo y la profesión, del empresario y del trabajador, sobre todo el trabajo manual que sobrevivirá, curiosamente, a la inteligencia artificial; acusar a la igualdad y elevar la justicia y la idea de sacrificio, de servicio al bien común y de heroicidad de lo cotidiano.
- Que hay comunidades naturales como la familia, la nación y la comunidad de fe que requieren cuidado y protección por parte del poder.
- Que la hierba es verde y estamos dispuestos a empuñar la espada para defenderlo. Si en el principio fue el *Logos*, el *Logos* es lo que debemos recuperar para evitar el engaño, la estafa, la simulación, el fraude, el abuso de derecho, en beneficio de los más necesitados.
- Que el fruto de la tierra es bueno que se reparta entre el que la trabaja y el que la detenta, con justicia, respetando la propiedad privada y las leyes de la economía descubiertas por la razón del hombre.
- Que las fronteras no separan sino enriquecen y son garantía de la libertad.
- Que la competencia es buena pero la grandeza moral del que gana es abrazar al derrotado y ayudarlo a levantarse, como Carlos, que derrotó en Pavía a su primo Francisco y lo acogió en la Corte en lugar de acuchillarle en el campo de batalla.
- Que no todo lo que se puede hacer es correcto, ya sea en bioética o en inteligencia artificial.
- Que las cosas verdaderamente valiosas están fuera del comercio de los hombres.

- Que toda civilización, si quiere de veras serlo, requiere un algo sagrado que se respeta y se venera, que en nuestro caso es esa Cruz, desde Tallin hasta Melilla.

Precisamos élites buenas. España las tiene. Europa las tiene. Están aquí, en Italia, en Francia, en Alemania, en Portugal. Solo falta que estas sean capaces de conectar definitiva y totalmente con sus pueblos y que los pueblos de Europa se llenen de ese espíritu de frontera, repoblación y unidad que iluminó nuestra Reconquista y nuestra Hispanidad.

Imposible cerrar el curso sin citar a Maeztu. Maeztu nos dejó una doctrina del ser. Ser es defenderse. No es la voluntad de poder nietzscheana, protestante y destructiva, sino la voluntad de ser, la afirmación positiva, católica y universal, la voluntad de la propia identidad, que se afirma en un *Sí* auténtico y orgulloso.

Sí a España, sí a Europa, sí a la Civilización.



www.fundaciondisenso.org